



Bronius RADZEVIČIUS, «Esta noche hiela», «“Padre”, — dirá»

Bronius RADZEVIČIUS, «Šiņnakt bus šalna», «„Tēve”, — pasakys»

---

Traducido por CARMEN CARO DUGO

Universidad de Vilnius, Lituania

Dirección de correo electrónico: [carmen.caro@ff.vu.lt](mailto:carmen.caro@ff.vu.lt)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6987-5727>

Recibido: 28/1/2021. Aceptado: 24/3/2021.

Cómo citar: Radzevičius, Bronius, «Esta noche hiela», «“Padre”, — dirá», trad. Carmen Caro Dugo, *Hermēneus. Revista de Traducción e Interpretación*, 24 (2022), pp. 601-608.

DOI: <https://doi.org/10.24197/her.24.2022.601-608>

---

## INTRODUCCIÓN

Bronius Radzevičius (1940, Radviliškis-1980, Vilnius) pertenece a la misma generación que otros dos grandes prosistas lituanos, Juozas Aputis y Romualdas Granauskas. Nacido en una familia humilde, perdió a su madre con cuatro años y a su padre con dieciocho. En 1960 ingresó en la Universidad de Vilnius para estudiar Física y Matemáticas, aunque pronto abandonó unos estudios que no le satisfacían. Sentía vocación artística, pero la precaria situación de la familia de su madrastra le obligó a independizarse y a ganarse el sustento. En 1962 completa estudios profesionales y se pone a trabajar de tornero en una fábrica, pero su búsqueda continúa y por fin acaba entrando en la Facultad de Filología en 1968 para estudiar lengua y literatura lituanas. Terminada la carrera, fue maestro y también corrector de estilo en varias revistas.

Su primer libro, la colección de relatos *Balsai iš tylos (Voces del silencio)*, apareció relativamente tarde, en 1970, aunque algunos textos se habían publicado ya en la prensa cultural unos años antes. Lamentablemente, en octubre de 1980, poco después de publicar la primera parte de su única novela, el escritor puso fin a su vida, dejando unos 1500 folios mecanografiados para la segunda parte, que su amigo y también escritor J. Aputis preparó para la imprenta en 1985. Se encargó asimismo de recopilar y

publicar, en tres colecciones póstumas, los relatos que no habían llegado a ver la luz en vida del autor.

La obra de B. Radzevičius supone uno de los primeros pasos hacia la modernización de la prosa lituana en el período soviético. Por primera vez aparecen personajes complejos, con un rico mundo espiritual. Su prosa surge del deseo de aprehender el mundo que le rodea y de la reflexión sobre el sentido de la existencia. Una intensa búsqueda y su atención a las experiencias de la conciencia humana, crean la trama de sus textos y hacen avanzar la acción.

El crítico literario Albertas Zalatorius afirma que «uno de los ejemplos más destacados de cómo la integridad y riqueza de una personalidad dejan una impronta de humanidad en toda la obra de un escritor, es la prosa de Bronius Radzevičius» (2001: p. 47). Según el estudioso de la literatura, la humanidad de la persona tiene su propio papel en la prosa de B. Radzevičius, convirtiéndose en el motivo principal de sus textos. Quizá se podría decir que en los relatos no ocurre nada especial; sin embargo, tienen un fuerte poder de atracción sobre el lector, precisamente porque desprenden un halo de humanidad. En la prosa de B. Radzevičius se aprecia que también la naturaleza, los paisajes con todos sus detalles sensoriales, todas las cosas que son objeto de observación, están impregnadas de experiencias humanas, de instantes que esas cosas están deseando revelar. Así, el relato se construye a partir de un suceso o fenómeno sin aparente relevancia, de un recuerdo, un sonido de la naturaleza, un objeto, una imagen, una impresión que podría ser pasajera, pero que despierta en el autor un deseo de búsqueda. Lo más relevante no es, pues, el primer impulso en sí, sino el hecho de que ese detalle pone en movimiento la creatividad del narrador. Como el propio escritor comenta en el relato «Junto al lago»,

todas las cosas rebosan secretos, todas ellas me rodean, me hacen señales y me gritan. Una paja que destella sobre el camino blanco es como un grito impreciso, como una ola de sensaciones. (...) Los instantes rotos y desmenuzados se han dispersado como la luz por la superficie de las cosas. (...) Los instantes diseminados y desaparecidos, rebosantes de una vaga espera, se han paralizado en fortuitos rostros, casas, árboles o contornos del bosque y, al destellar el sol, resaltan como un grito de las cosas que conservan recuerdos del pasado y te invitan a una charla larga, pero desesperada. Como un transeúnte no deseado, como un antiguo amigo, siempre dispuesto a abordarte, esos instantes desaparecidos parecen agarrarte del codo en alguna bocacalle, te siguen con la mirada, te llaman, te piden, tal vez incluso te imploran que te detengas (Radzevičius, 1984: pp. 83-84).

B. Radzevičius siente ese fuerte impulso de detenerse, de escuchar al mundo, capturando esos instantes perdidos. A través de ese contacto con la realidad circundante, se revelan estados de ánimo y experiencias muy diversas que acaban atrayendo al lector. El objetivo del escritor es dar expresión a ese instante único, a esa experiencia espiritual, de forma que le ayude a entenderse y entender el ambiente que le rodea. Gracias a esa atención y apertura a lo que la realidad quiera revelar, se activa la conciencia del individuo, que —por ejemplo, en el relato «La culpa»— se duele por haber perdido o tirado los jerséis tejidos por su abuela; indagando sobre los motivos de ese descuido y el posible desprecio de algo que tendría que haberle importado, surge el reconocimiento de la culpa y la pena por no poder repararla. El autor se plantea la necesidad de profundizar en el propio comportamiento, quitarle el disfraz externo para llegar a los motivos ocultos. Según Albertas Zalatorius, los textos de B. Radzevičius rebosan humanidad, no porque el autor pensara que tenía la obligación de mostrarla como una especie de modelo para el lector, sino porque se desprendía de su propia naturaleza. Sin duda, las experiencias de su infancia lo hicieron particularmente sensible.

En el breve relato «Esta noche hiela», que se traduce aquí por primera vez al castellano, el autor trae a la memoria una imagen de su infancia en el campo: no son necesarias las palabras, apenas se emite una frase, pero el recuerdo vuelve con toda su fuerza y sensaciones. No obstante, el escritor no se limita a recrearse en un mero sentimiento de nostalgia; a la luz del recuerdo provocado por el paisaje otoñal, el autor / narrador indaga en sus propios miedos e inseguridades presentes. En la ciudad, perdido el contacto con la tierra, la persona no sabe nada, no tiene a qué aferrarse.

En «“Padre” —dirá» se evoca asimismo un recuerdo de la infancia en el que tampoco median palabras. La distancia entre los dos mundos que representan el padre y el hijo —este, ávido de educación; aquel, dedicado al campo— se resuelve con el paso de los años: a través del recuerdo, padre e hijo se encuentran de nuevo, pero ahora ya en el mundo interior del individuo, donde tiene lugar el acercamiento y el deseo de reconciliación.

En ambos relatos los recuerdos que surgen en la conciencia dejan en ella una impronta, que el escritor se empeña en formular en palabras: apenas unas páginas de una fuerza innegable.



Bronius Radzevičius (1970, archivo de G. Radzevičienė)

### **ESTA NOCHE HIELA**

Si sobre la ciudad se ciernen nimbos grises, sopla el viento y —tras un breve destello— el sol se oculta y una nubecilla negra como una bola rompe en lluvia, pero apenas a unos pasos brilla el sol y el arcoíris traza su curva hacia sus cálidos rayos, ¿no quiere eso decir que ya es otoño? Aquí, en la ciudad, ni lo notas. Sin embargo, los que están ahora en los campos, los que ven los lomos erizados de las vacas, los que chapotean por el barro, los que caminan por los patatales y rastrojos: esos sí que saben que ya es otoño y se consuelan con el pensamiento de que todavía habrá veranillo de San Martín, de que aún llegará a secarse la arena grisácea de los patatales, amarillearán las hojas, los árboles arderán de oro en la lontananza y se alinearán los tilos en las veras de los caminos y carreteras. ¡Qué claros instantes, en los que planean las telarañas por el aire transparente! Las tardes en que ya se huele el frío; no, todavía no el frío, sino el fresco, augur de futuras heladas; cuando percibes

qué frágil, qué efímero es cada instante y, lleno de un misterioso temblor, avanzas por los campos hacia la casa y aún te paras en el patio y tu mirada apunta hacia la puerta entornada, se dirige hacia el cielo que atardece y, por fin, entras en la casita... Como un amigo te recibe el umbral de tu casa, umbral de madera lleno de tierra. Sí, ya llega de verdad el otoño.

Es poco acogedor estar entre paredes alumbradas por esa luz blancuzca. Por eso él deambula por las calles de la ciudad, que va adquiriendo ya tonos otoñales, como con la ilusión de escaparse de ella. Dondequiera que va, en la memoria surge una imagen, viva como si fuera hoy mismo. Es de una tarde. En el campo de patatas todavía está bregando la madre agachada, con las rodillas y las manos sucias. No muy lejos está el caballo aparejado. A su lado, un niño va dando al caballo patatas con la mano; quita la tierra a las patatas, las limpia frotándoselas en los pantalones y las pone en la palma de la mano. Los labios protuberantes del animal rozan la pequeña palma y agarran la patata. Después el niño ve los dientes grandes y blancos, con los que el caballo, para no morderle la mano, atrapa cuidadoso la patata y la tritura levantando el húmedo hocico. Al niño le gusta que el caballo le roce la mano con el morro con tanta delicadeza, que le mire con sus grandes ojos, los entorne y mastique la patata. Le parece que, si en este momento le ocurriera cualquier cosa, si alguien, en presencia de este gran alazán, quisiera hacerle daño y él gritara mirando al caballo a los ojos pare pedirle auxilio, el caballo de verdad le ayudaría. Amenazaría con su pesado casco, enseñaría sus grandes dientes blancos y el enemigo desaparecería. Se aproxima más, le pone la mano en la crin y acerca la cara a la cabeza del caballo, roza con la frente el gran hueso que le sobresale sobre el ojo y los pelos hirsutos. El caballo inclina la cabeza, y su ojo grande y pacífico queda al ladito del pequeño ojo del niño emocionado.

Junto al carro está el padre atando un saco.

—Esta noche hiela —dice el padre. Su voz es baja, pero firme. La madre se levanta del surco. El caballo y el niño se vuelven hacia el padre.

—La tierra está fría —confirma la madre—. Va a helar.

El padre no sabe que la tierra está fría, pues calza unos grandes zapatos, pero el niño va descalzo y siente que la tierra esta fría. Contesta:

—Sí que está fría la tierra.

Se vislumbran dos surcos cavados, pero en los que aún no se han levantado las papas. Todos saben que no conviene dejarlas por la noche, por la helada. Como de común acuerdo, en silencio se vuelven hacia los surcos arados y recogen las patatas de la superficie de la tierra. Cuando el trabajo se ha terminado, la madre repite:

—Va a helar fuerte.

El padre no responde. Se acerca al carro, pero los ojos se dirigen a los árboles cercanos o incluso más lejos. Después monta los sacos, va a coger las riendas, pero el niño se las arranca veloz de las manos y azuza al caballo. Le gusta llevar las riendas al lado del carro delante del padre y gritarle al caballo con voz sonora. Pero él no tira de las riendas, él no es como su padre, que siempre usa el freno. El carro se mueve, las ruedas van hundiéndose en la tierra removida con las manos. El padre y la madre van detrás; el niño, al lado del carro. Esta tarde las ruedas giran despacio, el caballo no azuzado avanza lento, nadie tiene prisa esta tarde, pues por la noche helará y pronto llegarán a la casa.

Y ahora, pasados muchos años, cuando avanza la tarde y el día otoñal llega a su fin, él no sabe si esta noche va a helar. Aquí en la ciudad no hay forma de saberlo y él se siente inquieto entre las paredes grises. Cuando los pies descansan sobre el cemento, no puede saber si la tierra está fría; no sabe nada. Tal vez porque llega la tarde, porque se acaba el verano y se vacían los campos de alrededor, aunque en la ciudad sigue el mismo ruido de los coches y solo el brillo de la luz y el tiempo que refresca de repente muestran que es otoño.

Tal vez por eso en su imaginación aparece ese instante efímero de su lejana infancia, cuando no era como ahora, cuando todos —hasta el caballo— le protegían de los peligros, cuando todos sabían que esa noche iba a helar y sabían lo que había que hacer entonces.

«PADRE», —DIRÁ

Sobre un viejo montículo junto a un río —la ladera es empinada y está sembrada de alisos y frambuesas negras, pero también de serpientes— está pastando una manada de vacas. Al pie del monte hay un foso de grava abierto por una excavadora; en él está sentado un niño leyendo un libro sobre la Grecia antigua. No recoge frambuesas ni vigila las vacas. «Que padre apaciente las vacas —piensa. No tiene otra cosa que hacer; en cambio, mi tiempo es muy valioso: tengo que leer, pues hay algo que no puedo expresar con palabras y que nadie entiende, aunque ese algo debe ser lo más importante de todo». Su padre camina alrededor de la manada, calzado con botas altas y pesadas. Las botas le han rozado los talones, le duelen las pantorrillas de la caminata y, tras dar un latigazo a una vaca que se ha adelantado, sube cojeando a la cima y echa un vistazo en busca del niño. «Que venga a cuidar las vacas, ya basta de estudiar; si de todas formas los libros no le van a dar de

comer». Pero el niño sigue escondido en el foso, sentado en la grava sobre sus pantorrillas desnudas. El viento le lanza arena a los ojos, la arena cruje en las páginas abiertas del libro, como si pretendiera enterrar de nuevo el Acrópolis. Él retira la arena del dibujo y, apoyando la barbilla sobre la mano, se inclina de nuevo sobre el libro. Se desprende tierra de la ladera, que le cae en el pelo cuando apoya la espalda en la pared arenosa, colándose por su delgado cuello.

El padre sigue andando en lo alto; oteando los alrededores, escudriña un rato los arbustos de frambuesas y de vez en cuando grita el nombre del niño, pero el viento se lleva las sílabas y el padre tras gritar su nombre va andando por el monte con la boca entreabierta, y las botas salpican como rebosando agua.

El cielo se cubre; las nubes lo van surcando, los campos están desiertos. Es otoño: en esta tierra ya pasó el graznido de las grullas. Ondeada la hierba del páramo, braman los árboles mientras van perdiendo su follaje. A la izquierda del montículo hay una carretera que ya nadie transita. En la ladera oeste del monte se alza una casilla; más allá, un cementerio abandonado.

Al este, a medio kilómetro, está el pueblo: los ladrillos rojos del molino, los almacenes y la plazoleta junto a la tienda. Y al sur y al norte, campos, y el viento arrecia y golpea la cara barbuda de padre y su pecho velludo bajo la camisa de lino abierta. Sobre su cabeza, cubierta con un sombrero gastado, sobre el pueblo, sobre la manada de vacas, sobre los campos vacíos, sobre la casita de la ladera, sobre el niño que lee en el foso, pasan y pasan las nubes, navegando en dirección al Acrópolis.

El padre está de pie en el monte contra el viento, se le humedecen los ojos.

Cae la tarde, se acerca una nube, una gota de lluvia se posa sobre el Acrópolis. El niño la limpia con el codo —las manos las tiene llenas de arena— y se mete el libro en el pecho. Deja las huellas de sus pantorrillas en la arena y baja corriendo hacia los arbustos. Recoge un puñado de frambuesas a toda prisa, estruja algunas y se mancha los labios y las manos —no se ha comido ni una—, va corriendo al encuentro de su padre, se coloca delante de él y le da las bayas extendiendo sus manitas manchadas. Esas frambuesas son la prueba de que hoy no ha estado leyendo y ha encontrado una ocupación mejor. Así mañana el padre no podrá decir: «¿Qué has encontrado en esos libros?», pues mañana ya no habrá foso y tendrá que leer delante de su padre sentado en un tronco.

Por debajo del gorro amorfo y torcido hacia un lado mira el padre esas garritas y a duras penas consigue aguantarse la risa. Lleva el cuello de la camisa deshilachado, las rodillas un poco dobladas. Cuando el niño se marcha

y va bajando hacia el valle, el padre lo mira por detrás, observa cómo se aleja, adelanta a las vacas, agita las dos manos y las conduce hacia la cerca. Y los campos se van oscureciendo, en el monte arrecia el viento, el paraje está desolado y triste, los árboles se zarandean en la ladera. Arrecia la lluvia. Una vez encerradas las vacas tras la cerca, entran en la casita.

La lluvia golpea un pequeño cuadrado de cristal. Sobre la mesa, un tazón de leche. Oscurece más y más. Las voces humanas en el crepúsculo son sigilosas, esas voces en la pequeña casa antes de la noche, cuando la lluvia llama a la ventana. En el monte y los campos, lluvia y noche. El viento arranca las hojas de los árboles; como las hojas, caen las voces y las palabras.

«Padre», —dirá él tras muchos años, al pasar por esa carretera y ver este monte, ya roído hasta la mitad por fauces metálicas. «Padre»..., —tan solo dirá, al pasar por los cimientos de piedra de la casita y los ladrillos del horno, una tarde parecida, antes de la lluvia, cuando las nubes de nuevo naveguen en dirección al Acrópolis, solo que el monte ya estará yermo... Y él se detendrá al borde del foso de grava donde una vez quedaron impresas las huellas de sus pantorrillas desnudas.

#### FUENTE DE LOS RELATOS ORIGINALES

Radzevičius, Bronius (1984), *Link debesijos*, Vilnius, Vaga, pp. 26-28 y 33-35.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Radzevičius, Bronius (1984), *Link debesijos*, Vilnius, Vaga, pp. 83-84.

Zalatorius, Albertas (2001), «Apie žmogiškumą Broniaus Radzevičiaus novelėse» («Sobre la humanidad de los relatos de Bronius Radzevičius»), en Dainius Vaitiekūnas (2001), ed., *Kūrybos studijos ir interpretacijos: Bronius Radzevičius*, Vilnius, Baltos lankos, pp. 47-51.